

CAPITULO SEGUNDO.

SIGLO XII.

SUMARIO.—I. Enrique IV, Emperador de Alemania.—II. Maginolfo, antipapa llamado Silvestre IV.—III. Mauricio Burdino, antipapa llamado Gregorio VII.—IV. Tanchelmo, hereje.—V. Pedro de Bruys, hereje.—VI. Enrique V, emperador de Alemania.—VII. Mesías Falsos.—VIII. Enrique de Tolosa, hereje.—IX. Arnaldo de Brencia.—X. Martin, hereje ruso.—XI. Federico I. Barbaroja.—XII. Octaviano, antipapa, llamado Victor IV.—XIII. Guido de Crema, antipapa, llamado Pascual III.—XIV. Leopoldo, duque de Austria.—XV. Enrique VI, emperador de Alemania.—XVI. Lando Sitalo, antipapa llamado Inocencio III.

I.

Enrique IV, rey de Roma y emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1106 DE N. S. JESUCRISTO.)

En esta época, una de las más calamitosas para la Iglesia por la consumacion del cisma griego, aún reciente; por los lamentables abusos

que introdujeron en ella algunos Obispos y clérigos puestos al servicio de los Emperadores y de los grandes; por las invasiones de los sarracenos, y por las intrusiones del poder imperial en la potestad espiritual, suscitó Dios al gran Papa San Gregorio VII, hombre superior á su siglo, que entró desde luego en la vía de las reformas que reclamaban los tiempos; pero el infierno levantó enfrente de él á Enrique IV, uno de los mayores enemigos de la Iglesia y del Pontificado.

Tal era la situación del mundo y de la Iglesia cuando por la muerte del virtuoso Enrique el Negro, fué colocado en el trono, á los siete años de edad, su hijo Enrique, cuarto rey de Roma y tercer emperador de Alemania. Durante la menor edad del joven Monarca, regentó la emperatriz Inés con bastante perjuicio de la Iglesia: pero éste fué aún mayor cuando, tomando el niño rey las riendas del gobierno, comenzó á vender con escándalo las investiduras de obispados y abadías.

Hé aquí el retrato que hace Berault-Bercas del este príncipe, en su *Historia general de la Iglesia*:

“El joven Enrique no tenia más que diez y ocho años y ya era uno de los hombres más vi-

ciosos y corrompidos (1). No contentándose con tener á un mismo tiempo dos ó tres concubinas, su libertinaje desenfadado no respetaba la inocencia virginal ni la fidelidad coyugal. Cuando oía hablar de la hermosura de una mujer, hacia que se le presentasen de grado ó por fuerza; iba algunas veces él mismo á apoderarse de ella exponiendo su propia vida, y entonces, si no lo graba seducirla, usaba de la opresion y de una violencia brutal. A la impudicia se siguió la crueldad, de modo que no tenia Enrique el menor reparo en perder á los maridos cuando le servian de obstáculo para hacerse dueño de sus mujeres. Sus cómplices y sus confidentes, entre los cuales habia pocos que le igualasen en depravacion, eran igualmente sacrificados cuando con una palabra ó con un solo gesto daban á entender que desaprobaban sus excesos. Por poco sospechosa que le fuera su discrecion, le bastaba esto para deshacerse de ellos cautelosamente, porque supo conciliar la hipocresía y la perfidia con las pasiones más fogosas. No ménos disimulado que implacable en su ira, man-

(1) *Hist. bell. Sax.*, pág. 102. — *Chron. Magd.*, Ms. ann 1068.

daba asesinar á los que le habian desagradado cuando ellos estaban más distantes de pensar que habian incurrido en su indignacion, y luego fingia sentir tanto su muerte, que derramaba copiosas lágrimas. La simonía, perseguida con tanto celo por los hombres de probidad, fué el menor abuso que cometió en la distribucion de los beneficios eclesiásticos. Si obtenian los obispos aquellos que le daban más dinero, solo podian tener seguridad de poseerlos los que servian de ministros á sus pasiones vergonzosas. Hacia deponer á los primeros como simoniacos y ponía en su lugar á los otros: de suerte que una misma Silla solia tener dos Obispos, tan justos acusadores uno de otro, como indignos competidores (1)

En este estado las cosas, ascendió al Sóllo pontificio San Gregorio el Grande, que hacia mucho tiempo proyectaba la reforma de la Iglesia, y desde luego comenzó á perseguir con el mayor rigor la simonía y el concubinato de los clérigos, que eran el origen de todos los males.

Al efecto se celebró un Concilio la primera semana de Cuaresma en Roma, donde se dispu-

(1) Lib. XXXIII, núm. 60.

so que los que hubiesen recibido las órdenes sagradas por simonía, no pudiesen ejercer sus funciones; que los que hubiesen dado dinero para obtener beneficios, quedaban privados de ellos irrevocablemente; y que los que vivían amancebados no celebrasen la misa, y que si la celebraban, no pudiese oír la el pueblo, porque tales intercesores sirven más bien para atraer la ira de Dios que para aplacar su justicia (2).

Los ómnones de este Concilio fueron rechazados por los Obispos alemanes, pretextando eran contrarios á sus derechos y costumbres, siendo así que solo se dirijian contra sus excesos y contra sus vicios; pero el Emperador prestó por entónces su apoyo á los Legados del Papa, temeroso de excitar nuevas dificultades en el imperio, harto turbado con la sublevacion de Sajonia y Turingia.

Vencida esta insurreccion, que puso en grave peligro la autoridad y aun la vida de Enrique IV, y orgulloso éste con su victoria, cambió de repente su conducta respecto del Papa; y cuando los Legados de San Gregorio VII le entregaron la carta en que le exhortaba á pensar, en

(1) Cap. XVIII. t. x. pág. 94.

medio de su victoria, en la suerte de Saul, y lo mandaba compareciese en Roma para justificarse de las acusaciones formuladas contra él, se irritó contra el Papa, despidió desdenosamente á los Legados y convocó una asamblea religiosa en Worms, á fin de asegurar, segun decia, la paz del imperio por la deposicion del Romano Pontífice.

En aquella asamblea, despues de formularse una acusacion contra el Papa, se decretó por unanimidad su deposicion.

Desde entónces la conducta de Enrique IV respecto del Papa cambió de continuo, segun lo exigia su interés propio. Así es que cuando los anatemas de la Iglesia y la actitud de los príncipes, ó las rebeliones de Sajonia y Turingia, le pusieron en peligro de ser destronado, se reconciliaba con el Romano Pontífice, y empleaba todos los medios, áun los más humillantes, para conservar la corona, y por el contrario, se rebelaba contra él cuando la paz del imperio y la proteccion de los príncipes y los Obispos le permitian hacerlo impunemente.

Las amarguras que la astucia, ambicion y volubilidad del Emperador ocasionaron desde entónces á los Papas y á la Iglesia durante un cuarto de siglo fueron tales, que su reinado fue

de figurar entre las mayores persecuciones suscitadas contra el Pontificado.

Basto decir que el soberbio Emperador anatolizó en Utrech al Papa en nombre de la Iglesia. Posteriormente la actitud de la Dieta de Tribur le obligó á dirigirse á Roma para pedir la absolución del Papa; pero al poco tiempo invadió la Italia, é hizo que los Sínodos de Maguncia y Brixen depusieran de nuevo á San Gregorio y eligiesen en su lugar al antipapa Guiberto, arzobispo de Rávena que tomó el nombre de Clemente III.

Enrique, despues de conseguir que los Obispos lombardos reunidos en Pavía reconociesen al antipapa, marchó sobre Roma. La firmeza del Papa animó á los romanos, que defendieron heroicamente la ciudad, y el Emperador tuvo que retirarse sin tomarla. Al año siguiente volvió á sitiárla sin resultado, y en 1083 acampó por tercera vez delante de Roma, consiguiendo entónces por la astucia y por el oro lo que no habia logrado con la pericia y la fuerza de las armas.

Despues de la muerte de Urbano II y del antipapa Guiberto, procuraron los príncipes aprovechar aquella ocasion para restablecer la paz entre la Iglesia y el imperio, y al efecto acon-

sejaron al Emperador se reconciliase con Pascual II que acababa de ser elegido Papa. Enrique manifestó entónces la intencion de dirigirse á Roma para arreglar sus diferecias con la Santa Sede en el Concilio que debia reunirse en el mes de Febrero del año 1102; pero de repente, y sin que se sepa por qué, el Emperador cambió de propósito y se empeñó en que se eligiera un nuevo antipapa.

De esta manera, la perfidia de Enrique IV imposibilitó una vez más el restablecimiento de la paz, dando lugar á que el Concilio de Roma lanzase contra él y sus cómplices el rayo de la excomunion.

El Emperador, convertido en realidad, ó fingiendo estarlo, manifestó otra vez deseos de reconciliarse con la Iglesia, declarando ante los príncipes reunidos en Maguncia que queria entregar el cetro á su hijo y organizar una cruzada inmediatamente despues de concluida la paz con el Papa, y mandando se publicase solemnemente, durante la Misa, su resolucio[n] por el obispo de Wurzburg. Por último, hizo jurar á los príncipes una tregua en todo el imperio por espacio de cuatro años, despues de haber rogado á Hugo, abad de Cluny, influyese con el Papa para el restablecimiento de la paz.

A pesar de hallarse las cosas en tan favorable estado, viéronse frustradas las esperanzas de los buenos, porque, abortada la expedición á Tierra Santa, se disgustaron contra el Emperador los que, confiando en su palabra, habían tomado la cruz, y por otra parte el descontento no fué menor entre los grandes y caballeros, que, ávidos de botín y acostumbrados á la guerra, habían recibido con disgusto la tregua impuesta por Enrique.

Corría por entónces el año cincuenta de su reinado, cuando sonó para el astuto Monarca la hora de las divinas venganzas.

Algunos años antes Enrique IV, á más de las amarguras que acibararon toda su vida, y cuando se hallaba en una de las épocas más comprometidas para su causa, tuvo el dolor de ver á su hijo primogénito. El desgraciado Enrique, desesperado al ver á su propio hijo unido á la causa de los güelfos, quiso atravesarse con su espada. Algunos de sus partidarios lograron evitar aquel suicidio, pero el Emperador se retiró á un castillo y renunció á usar las insignias imperiales.

Por entónces perdió también Enrique á su mujer, que después de haber revelado á los Concilios de Constanza y Plasencia, con gran detri-

mento de de la reputación del Monarca, los tristes misterios de su vida conyugal, se había retirado á un convento.

Aunque el poder del Emperador parecía haber recibido el golpe de muerte, se levantó una vez más de una manera tan rápida como inesperada.

El rebelde Conrado murió al poco tiempo en Italia, y su padre, que volvió á recobrar todo su poder, se preparaba á turbar de nuevo la paz de la Iglesia, cuando su hijo Enrique abandonó el campamento imperial de Fritlar (Sajonia), y se rebeló contra él. Desde entónces se eclipsó para siempre la estrella del gran perturbador de la Iglesia y del imperio, que después de rebelarse contra la autoridad de tres Romanos Pontífices, de haber entrado tres veces en son de guerra en los Estados Pontificios; de haber suscitado dos antipapas y violado varias veces los tratados celebrados con la Santa Sede, recibió el castigo que sus iniquidades merecían de manos de su propio hijo, que le hizo sufrir una por una todas las iniquidades y todas las amarguras con que el Emperador había afligido á los Padres Santos San Gregorio VII, Urbano II y Pascual II.

Finalmente, Enrique IV, excomulgado por tres Papas, desamparado de Dios y de los hom-

bres, como dice el P. Florez, y perseguido por sus dos hijos, se declaró por sí mismo indigno de reinar, en la asamblea de Ingelheim.

El fin desastroso de tan desaventurado Monarca lo refiere Berault-Bercastel en los siguientes términos:

“Este desgraciado príncipe vióse reducido á tanta miseria en los últimos meses de su vida, que suplicó al obispo de Spira le concediese una prebenda en su iglesia, ofreciéndose á desempeñar en ella el cargo de lector ó sochantre; pero le fué negada. Por último, murió en Lieja á 7 de Agosto de aquel año de 1106, á los cincuenta y cinco de su edad y cincuenta de su reinado. Como el obispo Otberto continuaba todavía en el cisma en que Enrique le había empeñado, le hizo por el pronto enterrar en la iglesia de San Lambert; pero esta Prelado no fué recibido en la comunión de la Iglesia sino en la condicion de desenterrar el cadáver de Enrique, el cual fué trasladado á Spira y depositado en un sepulcro de piedra, donde permaneció cinco años fuera de sagrado. Este fué el deplorable fin de un príncipe que por los recursos de su talento y de su valor, supo dar ó sostener sesenta y seis batallas, de las cuales salió vencedor siempre que no fué vencido, pero que por su ciega confianza

en ministros incapaces, por su brutal pasión á los placeres, por su desprecio á la Religión, por su tráfico sacrilego de los beneficios eclesiásticos, y por su crueldad y su perfidia, se hizo harto merecedor de sus desgracias (1).”

II.

Maginulfo, antipapa llamado Silvestre IV.

(MURIO SIGLO XI DE N. S. JESUCRISTO.—SE IGNORA EL AÑO.)

El tercer antipapa elegido por la facción de Guiberto contra Pascual II fué el arcipreste Maginulfo, que tomó el nombre de Silvestre IV.

Este falso Pontífice tuvo que huir al poco tiempo de su elección, y al fin murió desterrado y en tal miseria, que quitó á otros el deseo de imitarle segun dice Berault-Bercastel (2).

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Buldó, lib. xxxv, núm 8.

(2) *Historia general de la Iglesia*, lib. XXXV.

III.

Mauricio Burdino, antipapa, bajo el nombre de Gregorio VII,

(MURIO AÑO DE 1122 DE N. S. JESUCRISTO.)

Mauricio Bardino fué uno de aquellos monges tan piosos como eruditos, que Bernardo, arzobispo de Toledo, trajo de Francia cuando, de órden del Papa y con carácter de Legado, vino á ordenar los asuntos eclesiásticos (1).

Entre los cargos y beneficios con que el Arzobispo honró á sus huéspedes, tocó á Bardino el arcedianato de Toledo, pasando á ser despues obispo de Coimbra y arzobispo de Braga.

Con el tiempo Burdino se ganó la confianza del Papa Pascual II, de tal manera, que le nombró para tratar la paz con el Emperador.

(1) MARIANA: *Historia de España*,

El año de 1116, Pascual II tuvo que abandonar á Roma á consecuencia de una sedicion contra él, y el emperador Enrique V marchó al año siguiente á la ciudad de los Papas con un poderoso ejército para recibir la corona de manos del Romano Pontífice, segun decia, aunque el objeto verdadero de aquel viaje era proteger la causa de los revoltosos.

Al efecto, manifestó deseos de restablecer la union entre las dos potestades, y se quejó de la desconfianza que habia hecho tomar á Pascual el partido de retirarse de la ciudad; pero despues quiso que el clero de Roma le ciñese la corona en ausencia del Padre Santo.

El clero se negó á coronarle, fundándose en la proteccion que dispensaba á los enemigos de la Santa Sede, y entónces Bardino, cediendo á las instancias de Enrique V, no tuvo inconveniente en ceñirle la corona en la Iglesia de San Pedro y delante del cuerpo de San Gregorio, no obstante que pesaba sobre el Emperador una sentencia de excomunion.

El Papa, al saber la traicion de su Legado, celebró en Benevento un Concilio, que pronuncio contra Burdino sentencia de excomunion.

Al poco tiempo falleció Pascual II y pocos dias despues cuarenta y cinco Cardenales, mu-

chos Obispos, un gran número de elérgicos y algunos senadores y consulares romanos, se apresuraron á elegir á Juan de Gaeta, que tomó el nombre de Gelasio II.

El nuevo Papa no quiso ceder á las exigencias del Emperador, contrarias á los derechos de la Iglesia, acerca de las investiduras, y Enrique V hizo se procediese á una nueva eleccion en la que el partido imperialista dió sus votos á Mauricio Bardino, que adoptó el nombre de Gregorio VIII.

Sin embargo, la usurpacion era tan notoria, que ni el clero ni el pueblo abrazaron su partido. Solo los guibertinos se adhirieron á su causa.

Gelasio II se apresuró á escribir al clero y pueblo de Roma, Francia y España, á fin de prevenir á los fieles contra los peligros del cisma, y en seguida celebró un Concilio en Oápu, que excomulgó al Emperador y al antipapa. Bardino, por su parte, despues de coronar á Enrique, remitió Bulas á todas partes, que no dieron resultado; pero el usurpador seguia instalado en Roma, mientras el verdadero Papa permaneció alejado de su capital hasta que los príncipes normandos de Italia vinieron en su socor-

ro, obligando al Emperador á volverse á Alemania.

El Padre Santo creyó entónces que podia celebrar en la iglesia de Santa Práxedes; mas los Frangipanes y sus parciales acudieron á las armas, y Gelasio II tuvo que abandonar de nuevo á Roma y refugiarse en Francia, donde murió.

Guido, arzobispo de Viena, varon esclarecido por su cana, sus eminentes virtudes y su energía, fué elegido Sumo Pontífice, bajo el nombre de Calixto II, con aplauso de toda la Iglesia.

Calixto II excomulgó al Emperador y al antipapa; pero este último, protegido por el Emperador, permaneció todavia durante dos años en Roma. Al cabo de este tiempo el Papa legítimo entró en Italia en medio de las aclamaciones de su pueblo, y Bardino, abandonado de todos, se encerró en Satri, resuelto á defenderse, mientras recibia socorro de Enrique V. Entre tanto los normandos sitiaron la ciudad, y sus habitantes temerosos de las consecuencias de un asalto, prendieron al antipapa y le entregaron á los sitiadores.

Los soldados, despues de llenarle de injurias, le hicieron montar al revés sobre un camello, le pasieron sobre los hombros una piel ensangrentada de carnero, parodiando así la cabalgata en

que el Padre Santo se presentaba con la capa de escarlata, y le llevaron á Roma, donde el pueblo le hubiera sacrificado á su favor si el Papa Calixto no le hubiese arrancado de sus manos.

Finalmente, Bardino, conducido de prision en prision, murió en el monasterio de Cara el año 1122.

IV.

Tanchelmo ó Tanquelnio, hereje.

(MURIO AÑO 1124 DE N. S. JESUCRISTO.)

La Iglesia, que había salido victoriosa el siglo XI en su lucha con los Emperadores de Alemania, disfrutó de la paz en el siguiente durante algunos años; pero las herejías que aparecieron en aquella misma época iniciaron una nueva guerra en los Países Bajos y en Francia.

La cátedra elegida entónces por la impiedad fué la ciudad de Amberes, donde un lego llama,

do Tanchelmo ó Tanquelnio, de costumbres disolutas, pero hábil en disfrazarse, fecundo en intrigas, sutil en las disputas y naturalmente elocente, comenzó á predicar sus errores.

La mujeres á quienes había corrompido, y á las cuales instruyó para engañar á sus propios maridos, fueron sus mejores propagandistas; y cuando contó con un partido temible aun para los poderes públicos, se presentó con insolencia en todas partes, ricamente vestido, precedido de un estandarte y escoltado de tres mil hombres, que no le abandonaban nunca, y que tenían levantadas sus espadas mientras el hereje predicaba su doctrina.

Tanchelmo enseñaba que la Iglesia la componían únicamente él y sus discípulos; que él era Dios como Jesucristo, porque llevaba la plenitud del Espíritu Santo, y que los Sacramentos eran una mentira.

Abelardo refiere que Tanchelmo hizo que se le dedicase un templo; y, en efecto, de tal manera fanatizó á sus sectarios, que se creían felices con sólo acercarse á él, y consideraban sus orines como agua consagrada. Cierta dia que el impostor tenía necesidad de dinero, hizo llevar á presencia del pueblo una imagen de la Virgen, la cogió una mano, y despues de pronunciar la

fórmula del matrimonio, declaró que acababa de casarse con María, y mandó á sus secuaces que contribuyesen con sus ofrendas á los gastos de su boda.

Estos detalles, tomados de la carta del clero de Utrnech á Federico I, arzobispo de Colonia, sobre la conducta de Tanchelmo, están conformes con las noticias que da acerca de este hereje el biógrafo de San Norberto.

Es más: otros historiadores añaden que Tanchelmo se presentaba al pueblo con pompa regia, vestido de oro y púrpura; que su mesa estaba siempre dispuesta para todo el mundo; que su conversacion era agradable, y que fascinó á todos los que le seguian de tal manera, que le era permitido abusar de las mujeres en presencia de sus maridos, y de las jóvenes á la vista de sus padres, bajo el pretexto de un comercio puramente espiritual. Y hasta se dice que las mujeres que no eran sacrificadas á su incontinencia, se consideraban deshonradas.

Este impostor extendió su secta en la isla de Zelandia y en los Países Bajos; pero gracias á los esfuerzos de Norberto, del arzobispo de Cambrai, del clero y de algunos religiosos, las gentes sencillas y extraviadas que le siguieron volvieron al poco tiempo al seno de la Iglesia.

En cuanto á Tanchelmo, los historiadores no están conformes sobre la ocasion y detalles de su muerte, pero todos dicen que fué asesinado (1).

V.

Pedro de Bruys, hereje.

(MURIC AÑO 1124 DE N. S. JESUCRISTO.)

A principios del siglo XII fundó Pedro de Bruys de origen francés, una secta herética, cuyos partidarios tomaron del nombre de su maestro, el de petrobrussianos.

Pedro de Bruys, y sus secuaces sostenian que les niños que no tienen uso de razon no pueden

(1) BÉHAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldá, lib. XXXVI.—WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theol. cathol.*, NORBERT (S).

ser justificados por la fé ni ser bautizados, porque el que es bautizado, dicen, debe tener fé.

Los petrobrassianos afirmaban que, estando prohibida la construcción de iglesias, debían derribarse las que existían, porque los cristianos no necesitan de templos para orar, pues Dios los oye, si son dignos de ser oídos, tanto si se dirigen á él en una iglesia, como en una taberna en ó un establo.

Pedro de Bruys decía, además, que todas las cruces debían ser destruidas, porque el instrumento en que Cristo había sido martirizado y muerto no merece respeto ni adoración, sino que al contrario, es justo, por represalias, ultrajarle y destruirle.

Finalmente, á estas extravagancias agregaban otras muchas doctrinas heréticas, negando la presencia real del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo en la Eucaristía, y burlándose de los cénticos religiosos, de los sacrificios, de las oraciones, limosnas y otras buenas obras.

Pedro de Bruys condenaba también el celibato eclesiástico; y según Pedro el Venerable, llevaba su fanatismo hasta el punto de encarcelar y azotar á los sacerdotes y religiosos que se negaban á contraer una unión sacrilega.

Los Pirineos, la Provenza, el Languedoc y Gascuña fueron durante veinte años el teatro de las predicaciones y violencias del hereje, que no perdonaba medio para propagar sus errores.

Algunas veces encontró el terreno dispuesto á recibir tan mala semilla; pero el año 1124, y cuando ménos lo esperaba, fué sorprendido cerca de la ciudad de San Gil por una muchedumbre, que, irritada y exasperada por los atentados del sacrilego reformador, se apoderó de él y le arrastró á una hoguera, en la que fué quemado.

VI.

Enrique V el Joven, Emperador de Alemania.

(MURIO AÑO 1125 DE N. S. JESUCRISTO.)

A pesar de que Enrique V se reveló contra su padre el emperador Enrique IV y le despojó de la corona so pretexto de que no podía comu-

nicar con un excomulgado y de restablecer la paz de la Iglesia, ni la Iglesia recobró la paz, ni el nuevo Monarca adoptó la política que reclamaban los intereses del Imperio y del Pontificado.

Cierto es que al principio de su reinado se persiguió á los partidarios de su padre, se expulsó de sus Sillas á muchos Obispos simoniacos y se puso en entredicho á todos los clérigos ordenados por los Prelados cismáticos; pero con el tiempo demostró que la ambicion de reinar, y no su amor á la Iglesia, le habia impulsado á arrebatár el centro á su padre.

Gracias á su máscara de humildad, dulzura y celo por el bien de la Iglesia y del Estado, fué reconocido por todo el Imperio; más apenas se vió quieto y pacífico sobre su trono, arrojó la careta que con tanta maña habia llevado, y Enrique V apareció tal y como era: digno hijo de Enrique IV.

Poco tiempo despues de su coronacion fueron abolidas las investiduras por el Concilio de Guastalla, aunque el Papa Pascual II, atento sin duda á atraerse á los díscoles para asegurar la paz, consintió en que los Obispos instituidos contra los cánones conservasen su dignidad, con tal de que no incurriesen en adelante en simonía.

De esta manera Enrique V, que estaba muy distante de renunciar á las investiduras, contando con un gran número de Obispos siempre dispuestos en su favor, y seguido de un formidable ejército y de una multitud de sábios, á fin de sostener sus pretensiones con la pluma y con la espada, se dirigió á Italia, declarando que iba á ser coronado por el Papa.

El Emperador procuró ante todo ganarse á la princesa Matilde, la aliada más fiel y poderosa de la Santa Sede, y en seguida envió embajadores al Padre Santo, conviniéndose por una y otra parte que la Iglesia renunciaria los feudos con la condicion de que el imperio renunciase las investiduras. Confiando Enrique en la oposicion de los Obispos de su partido á la ejecucion del tratado por no perder sus pingües feudos, lo aceptó desde luego; se entregaron rehenes por ambas partes, y el Emperador entró en Roma.

“El Papa, segun refiere Berault-Bercastel, le esperaba en lo alto de las gradas de la iglesia de San Pedro, en donde estaba preparado para la coronacion. Postróse el Rey, le besó los plés, y despues se abrazaron por tres veces. Quando entraron en la iglesia le propuso Pascual que renunciase por escrito á las investiduras, segun habian convenido; pero Enrique se

retiró hácia la sacristía para conferenciar sobre el particular con los Obispos y señores de su comitiva. Estos, fingiendo escrúpulo, como si se tratase de convenciones hechas inconsideradamente por los diputados, respondieron que no podían ratificar un convenio contrario al Evangelio, que manda dar al César lo que es del César. Los Obispos del partido romano reclamaron al mismo tiempo la promesa hecha en su nombre de ceder las regalías, y disputándose vivamente por una y otra parte, uno de los partidarios del Rey, dejando á un lado la ficción, dijo: "De qué sirven tantos discursos? Sabed que el Emperador mi amo quiere recibir la corona como fué dada á los emperadores Carlos y Luis (1)." Habiendo declarado el Papa que no coronaría á Enrique si este príncipe no cumplies lo que había prometido, éste mandó al punto le arrestasen con los Cardenales allí presentes, y fueron conducidos violentamente á una casa inmediata, y amenazó al Papa con que si no abandonaba las investiduras al rey de Germania, le haría arrancar los ojos, y aun quitarle la vida. En seguida los soldados de Enrique robaron las

(1) *Chron. Cass.*, lib. IV, cap. XXXVIII.

tapicerías y todos los efectos preciosos que se habían puesto en público para honrar la entrada del Emperador; golpearon ferozmente á los clérigos y á los legos, asesinaron ó hirieron un gran número de personas de todos estados, y aun á los niños que habían ido en procesion delante del príncipe con palmas y flores. En un instante la iglesia de San Pedro quedó cubierta de cadáveres é inundada de sangre (1).

La perfidia del Emperador y los excesos de sus soldados irritaron de tal manera á los romanos, que empuñando las armas aquella misma noche, arrojaron de Roma á los alemanes y al Monarca, aunque no pudieron evitar que se llevasen al Papa, á quien los imperiales despojaron de sus ornamentos y maniataron cruelmente.

La resistencia de los romanos duró dos meses, al cabo de los cuales su situación llegó á ser tan insostenible, que Pascual II, compadecido de su miseria, consintió en firmar un convenio, que, según decía, no hubiera aceptado nunca, ni aun para salvar su propia vida, y en virtud

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Balzá, lib. XXXV, núm. 17.

del cual renunciaba al derecho de la investidura, lo cedia al Emperador y hacia otras concesiones favorables á la causa de Enrique, su cardelero, ofreciendo coronarle segun costumbre.

El Emperador fué coronado; pero el tratado que se arrancó al Papa no fué sancionado, porque muchos Prelados reclamaron sobre esto á Pascual II, que al fin lo anuló en el Concilio de Roma del año 1112, fundándose principalmente en que, segun aquel convenio, la investidura debia preceder á la consagracion del elegido, lo cual era contrario á las resoluciones de los Padres.

Otro Concilio, celebrado en Viena bajo la presidencia del arzobispo Gui, legado del Papa, excomulgó al Emperador "como un segundo Judas, profanador de la Iglesia."

La justicia divina confirmó el anatema, porque disgustados muchos príncipes, y animados por las sentencias de excomunion que pesaban sobre su señor, se rebelaron contra él, al mismo tiempo que estallaba en Sajonia una insurreccion formidable.

El Emperador entró en Sajonia al frente de un numeroso ejército, y alcanzó á los rebeldes que le derrotaron en Welferholze, cerca de Mansfeld. Desde entonces, no sólo no hubo ya in-

conveniente en dar á conocer la excomunion del Emperador, sino que el Cardenal legado, obispo de Preneste, renovó en un sínodo de Reims el anatema lanzado contra aquel en Beauvais, y exhortó á Federico, arzobispo de Colonia, á emplear contra el Monarca las armas espirituales, además de las materiales. Y en efecto: ante una asamblea de príncipes legos y eclesiásticos reunidos en Colonia, y á presencia del pueblo, fué pronunciada una nueva sentencia de excomunion. Sancionada de este modo la actitud de los enemigos del Emperador, y confundidos los intereses religiosos y políticos, la lucha se encarnizó y generalizó en Alemania, haciendo más difícil la situacion de Enrique V, que con su infuena política contribuyó en mucho á enardecer la guerra.

Fatigado el Emperador de las turbulencias de Alemania, y no contento sin duda con haber encendido en el Imperio la tea de la discordia, marchó la á Italia, donde se hizo necesaria su presencia para sostener su dominacion, y donde turbó tambien la paz pública y la tranquilidad de la Iglesia con nuevas dificultades. Desde luego, y so pretexto de la muerte de la princesa Matilde, comenzó por entablar una reclamacion sobre sus bienes, explotando en su pro-

vecho la situación difícil del Papa, á consecuencia de una sedición que estalló en la misma Roma, y que obligó á Pascual II á abandonar la ciudad.

Las calamidades más espantosas cayeron entonces sobre los dominios de Enrique, de uno y otro lado de los Alpes. Muchas ciudades de Italia sufrieron grandes terremotos, que destruyeron sus torres, sus murallas y sus templos, y en Alemania hubo provincias enteras que fueron arrasadas por el huracán y la tempestad. Todos estos desastres, unidos á los nacimientos monstruosos, á las lluvias de sangre y á otros fenómenos extraños que ocurrieron por entonces, llenaron de pavor al pueblo, que, relacionando las perturbaciones de la naturaleza con las agitaciones de la política, veía en aquellas calamidades el castigo de los crimines de la época.

En tan difíciles circunstancias, el Emperador, léjos de ceder, aguzó su ingenio del tal suerte, que venciendo á los italianos en habilidad, astucia y perfidia, y ocultando su orgullo bajo una mentida condescendencia, su ambición con las formas de modestas exigencias, y su avaricia bajo el velo de la liberalidad, solo se cuidó de llevar adelante su propósito.

En seguida, y bajo el pretexto de sujetar á

los romanos rebelados contra el Papa, marchó á Roma, donde entró sin resistencia, mientras el Papa, que no se fiaba de sus amistosas promesas, se retiraba á Benevento para procurarse el apoyo de los normandos,

Tres de los Cardenales que habian quedado en Roma ofrecieron á Enrique la paz con la única condicion de que renunciase á las investiduras; pero él se negó á ello, resistiéndose en cambio los Cardenales á coronarlo como él deseaba y segun la antigua costumbre. A pesar de todo, el Emperador logró hacerse coronar por Mauricio Burdino, arzobispo de Braga, que se hallaba casualmente en Roma.

La muerte sorprendió por entonces á Pascual II, y los Cardenales, á fin de evitar que el Emperador ó sus partidarios trurbasen la eleccion, se reunieron en cónclave á toda prisa y eligieron á Juan de Gaeta, que tomó el nombre de Gelasio II. Los temores de los Cardenales no eran infundados, pues apenas supo la eleccion Cencio Frangipani, partidario del Emperador, se apoderó del Papa y de los Cardenales, y los encerró en una prision, despues de maltratarlos cruelmente.

El pueblo, indignado, se levantó contra Cencio y libertó al Papa; pero ocurrió una nueva y

gravísima dificultad, porque el Emperador, apenas supo la elección, salió de Turin y llegó á Roma con tanta precipitación, que el Papa y los Cardenales apenas tuvieron tiempo para salir de la ciudad. Sin embargo, Enrique envió embajadores al Papa proponiéndole volviese á Roma con los Cardenales para ratificar su elección, y ofreciéndole restablecer la paz. El Papa, á quien la experiencia había enseñado á desconfiar del Emperador, respondió á los enviados que las condiciones de la paz se tratarían en un Concilio que se reuniría en Cremona ó Mantua; pero Enrique, explotando en su favor la respuesta del Sumo Pontífice, y apelando á la astucia y á la intriga, sus armas favoritas, excitó hasta tal punto los celos de los romanos sobre la preferencia que el Padre Santo daba á otras ciudades sobre Roma para la celebración del Concilio, que el pueblo pidió se procediese á una nueva elección, y eligió al arzobispo Bardino, conforme á los deseos del Emperador.

Gelasio II fulminó entónces la excomunión contra el Emperador y Bardino, dando á conocer su sentencia en una Enciclica dirigida al mando cristiano, y marchó secretamente á Roma, donde los partidarios del antipapa le persiguieron sin tregua.

El Papa tuvo que abandonar la ciudad; pero la conducta de Enrique y la elección de Bardino suscitaron en Alemania una guerra civil tan sangrienta, que ni se respetó la tregua de Dios, ni la Semana Santa.

A pesar de todo, el Papa volvió á Roma, teniendo que retirarse de nuevo ante la actitud hostil de los impetialistas, y despues de una encarnizada lucha, que convirtió la ciudad en otra *Sodoma*.

Gelasio II se refugió en Francia, y al poco tiempo falleció en la abadía de Cluny, donde los Cardenales eligieron á Calisto II.

No se ocultó al Emperador que el nuevo Papa seria por su prudencia y su energía un adversario más temible para él que su predecesor; y á fin de no complicar su ya difícil situación, reunió á los grandes del imperio en Dieta general, en Tribur, para reconciliarse con ellos, declarando se hallaba dispuesto á restablecer la paz de la Iglesia.

El Papa, por su parte, envió Legados al Emperador para acordar los preliminares de un tratado; pero Enrique apeló de nuevo á su astucia y á sus intrigas, y el Concilio reunido en Reims,

en vez de firmar la paz que anhelaba, tuvo que fulminar la excomunion contra el Emperador, el antipapa y todos los enemigos de la Iglesia.

Dos años más tarde el Padre Santo, atento solo á conseguir la paz tan deseada, comenzó á emplear en sus cartas al Emperador un tono dulce y de conciliacion, logrando á fuerza de prudencia se celebrara el concordato de Worms, en virtud del cual renunciaba Enrique V á las investiduras por el báculo y el anillo.

La Iglesia habia recobrado la paz, pero el imperio continuó perturbado por el espíritu ambicioso é intrigante del Emperador.

Por último, Enrique V, despues de haber declarado la guerra á Francia, se dirigió á Utrech, donde, atacado de la epidemia que asolaba entonces á Europa, ó envenenado por su esposa, segun algunos, murió el 25 de Mayo de 1125, con la reputacion, dice Voltaire, de un hijo desnaturalizado, hipócrita, sin religion, vecino inquieto y mal monarca. Enrique fué el último Emperador de la casa de Sajonia; pues pasó la corona á la casa de Hohenstaufen.

La esterilidad de su matrimonio y la extincion de su dinastía se atribuye generalmente á

castigo del cielo en confirmacion de las maldiciones de los Papas (1).

VII

Mesías falsos,

(AÑOS 1137, 1138 Y 1157 DE N. S. JESUCRISTO)

El doctísimo judío Moisés Maimonides, natural de Córdoba, habla de un impostor que quiso hacer en Francia el papel de Mesías y pagó su crimen con la vida.

El P. Feijóo (2) cita otro falso Mesías que apareció en Persia, hácia el año 1133, logrando seducir á muchos judíos, y fué degollado por orden del rey.

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cath.*—*Fin traigue des persecuteurs de l'Église*, part. 3.^o esp. III.—MOBERRY: *Dict. histor.*

(2) *Teatro crítico*, tom. VII, pág. 149.